

## *Archivo del general Porfirio Díaz Memorias y documentos. Tomo IV*

Alberto María Carreño (prólogo y notas)

México

Universidad Nacional Autónoma de México,  
Instituto de Historia/Elede

1947

390 + [LXIV] p.

Ilustraciones

Elede (Colección de Obras Históricas Mexicanas, 3)

Instituto de Historia (Serie Documental, 2)

[sin ISBN]

Formato: PDF

Publicado en línea: 12 de enero de 2017

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/archivo/diaz04.html>



INSTITUTO  
DE INVESTIGACIONES  
HISTÓRICAS

DR © 2017, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México

*"De mis recuerdos"*

*"Caído el Imperio de Maximiliano, se convocó al pueblo a elecciones de presidente. Juárez estaba en el poder. El general Díaz por su gloriosa campaña e ídolo de ese mismo pueblo fue designado candidato a la presidencia. El general Luis Mier y Terán sembró en el Estado de Veracruz lo que pudiera llamarse el porfirismo y fecundó. Sin temor de equivocarse podría afirmarse que el sentimiento público siempre estuvo en el Estado de Veracruz en pro del general Díaz.*

*"Yo me afilié en el Partido Porfirista. Se fundó "El Club Republicano" del cual formé parte de la Mesa Directiva. Llegaron las elecciones y en el Distrito de Veracruz se ganaron, pero la influencia y los abusos del poder se hicieron sentir en el resto del país y el resultado fue que aun cuando el candidato nacional era don Porfirio, triunfase don Benito. La falta de este gran hombre o por lo menos de la camarilla que lo rodeaba fue ultrajar la voluntad del pueblo burlándolo. Luchar contra un gobierno en los comicios y con éxito es muy difícil por no decir imposible. El Partido Porfirista no podía conformarse y apeló al recurso de la insurrección.*

*"El general Díaz expidió el plan llamado de la Noria al cual por algún mal concepto estampado en el mismo debilitó moralmente la revolución que iniciaba.*

*"Pero la suerte estaba echada y el país todo se alzó contra don Benito. Los hechos de armas no fueron favorables a don Porfirio y éste se vió en la necesidad de buscar refugio en el Estado de Veracruz donde sabía que tenía amigos y partidarios para buscar salida para el extranjero. Perseguido por las fuerzas del general Alatorre escapó por la sierra de Zongolica en unión del general Galván y de un asistente de éste llamado Tomás, indio de Guadalajara, muy leal a Galván. Los fugitivos tomaron el rumbo de Coscomatepec, camino de Huatusco, y allí encontraron el coronel Honorato Domínguez quien buen conocedor del terreno los llevó a la costa del Municipio de Actopan—cantón de Jalapa— alojándose en Mozamboa en la casa de don Juan Viveros, rancharo descendiente de raza pura española. Sin duda que Honorato informó a don Porfirio de que en Veracruz yo era uno de sus leales adictos y de allí supongo yo que el general Díaz me dirigiera una carta para fletar una embarcación y dirigirse fuera del país a la*

*Habana o Estados Unidos. En mi mocedad yo anhelaba servir al general Díaz y la providencia cumplió mis deseos. Referiré el suceso:*

*“Llegó a la tienda de ropas donde yo estaba don Juan Viveros, que era marchante de la casa, me saludó y me dijo que traía un encargo para mí, que me había de entregar a solas; pasamos al escritorio y ya allí me dio una cartita sin nombre ni dirección. La abrí, no tenía fecha ni expresión del lugar de donde era dirigida: en ella me decía varias cosas que moviendo mi impaciencia por la curiosidad di vuelta y vi firmado “Porfirio Díaz” y no puede menos de exclamar “¿Esta allí?” y me contestó “Sí”. Seguí leyendo y me decía que el portador me hablaría de otra persona y he aquí mi angustia para averiguar a quién se refería. Afortunadamente don Juan Viveros que haya la gloria de Dios era una persona sin pizca de malicia y como de edad de 70 años pero de naturaleza fuerte. Simulé como que no recordaba el nombre del individuo aludido y entonces él me dijo: “Honorato”, con lo cual se despejó la incógnita. En vista de lo importante de la situación decidí ir personalmente a ver a don Porfirio a quien no conocía ni él a mí. Tenía yo un caballo tordillo mosqueado, que me había regalado uno de mis buenos amigos rancheros, don Miguel R. Barradas que vivía en su rancho San Miguel, Municipio de Soledad, hoy de Doblado. El caballo tenía por nombre “El Pincel” y había sido adiestrado por Honorato a quien yo conocía. Convine con don Juan el viaje y llegamos a Mozamboa en los últimos días de enero de 1871 no recuerdo bien la fecha. Nada más humilde que el lugar donde estaban don Porfirio, Galván, Honorato y el criado. Estaban metidos en un sitio muy contiguo a la casa habitación en un lugar donde acostumbraban desgranar el maíz y donde apenas se podía estar de pie.*

*“Una vez allí platicué con el general y convinimos en que yo regresara a Veracruz para hablar con don Jorge de la Serna, persona muy querida e influyente en el puerto, a fin de conseguir su embarque.*

*“Volví a Veracruz y hablé con don Jorge. Este me dijo que con mucho gusto procuraría servir a don Porfirio con mayor motivo cuanto que era del credo liberal y él, don Jorge, había salvado al general Márquez. Entonces me hizo el relato siguiente:*

*“Me encontraba yo en el escritorio al obscurecer, en la casa que hoy hace contra esquina a la Lonja Mercantil, los dependientes ya se habían ido y solamente estaba el portero. Llegó a éste un hombre ves-*

"tido de arriero y le preguntó por mí pues deseaba hablarme. Al manifestarme el portero que un arriero quería hablarme; haciéndoseme extraña la hora y temiendo que se tratara de algún atentado, pues entonces no había mucha seguridad, le dije que le manifestara volviera al día siguiente en la mañana. Así lo hizo; pero el arriero insistió y entonces salí al zaguán y le dije: "¿qué quiere patroncito?" Este acercándose en compañía de otro de su clase me dijo a media voz: "¿es el señor don Jorge de la Serna y Barros a quien tengo la honra de hablar?" La expresión y el tono me dieron a comprender que no me las había con un arriero y le contesté: "Si, señor". Pues bien me dijo: "Yo soy el general Márquez y el señor es mi ayudante; sé que es usted del partido liberal, pero también sé que es un hombre de corazón y por esa causa pongo mi vida en manos de usted". Ante esta manifestación no tenía más camino que salvarlo como lo hice, embarcándolo precisamente cuando el general Díaz se encontraba en el muelle de Veracruz — arreglando la expedición de tropas a Yucatán. Y si eso hice con el general Márquez, como no lo había de hacer por el general Díaz?"

"Hablamos después de particulares relativos al asunto y me instruyó de la manera de introducir al general Díaz en Veracruz, cuyo puerto estaba declarado en estado de sitio, siendo comandante militar de la plaza el general Foster, americano, nacionalizado mexicano.

"Vivia don Jorge en la Alameda de la Independencia — su casa particular — esquina a la calle de la Pastora contra esquina de la casa comercial de Calleja. En el bajo tenía su escritorio y como don Jorge es hombre que vivía de noche, permanecía en su bufete hasta la madrugada. A cierto toque en la vidriera la puerta del zaguán se abría. Previendo el caso de que el general Díaz no pudiera venir me entregó don Jorge para el general veinticinco onzas de diez y seis pesos.

"Como había que embarcar además al general don Pedro A. Galván, pues era condición sine qua non, que había de correr su misma suerte, arreglé que al regreso me acompañara Joaquín Arjona, compañero que había sido en la casa de comercio de Loustau y compadre mío para que éste acompañara al general Galván y lo llevara a mi casa — Calle Principal número ciento cuarenta y tres entonces — donde hoy está "La Kanaya".

"Modelo de discreción era o fue la carta a que me he referido.

*“Había yo dejado al general Díaz y a sus acompañantes en Mozamboá.*

*“Cuando regresé a dicho lugar no lo encontramos pues por previsión se había trasladado a Laguna Verde. Después de una jornada larguísima llegué al otro lugar y al apearme del caballo éste por el camino o el sueño cayó repentinamente al suelo. Creí que se había muerto; pero no fue así, pues inmediatamente se levantó. En el sitio en que estábamos separamos. Hablé con el general Díaz entregándole el dinero que don Jorge de la Serna me había dado para él, dinero que le entregó a Honorato, así como unas botas de cuero amarillo y ahí nos despedimos de Honorato. Arjona con Galván tomaron su camino para Veracruz y yo con don Porfirio y el guía Estanislao Mendoza hicimos lo mismo. En el trayecto del Morro a San Carlos donde Mendoza tenía su casa, hay que recorrer algunas leguas de playa. . . \**

*“Una vez en la casa, Mendoza me ofreció un catre: él creía que mi acompañante era un comerciante de Misantla y como no había otro en que se pudiese acostar, yo era el objeto de sus atenciones. Entonces yo se lo ofrecí al general Díaz y aunque insistí lo rehusó. Comprendiendo que era inútil mi empeño, yo dormí en el catre y el general Díaz a un lado del mismo con la silla del caballo como asiento para la cabeza y los sudaderos del caballo como colchón, durmió en el suelo que era de tierra. Era en invierno, yo debí haber tiritado de frío y el general Díaz con una manta me cubrió y sin duda por ello fue que dormí.*

*“La luz que se introduce por los intersticios de los techos de palma me despertó y me levanté. Ya el general estaba en pie.*

*“Como propagandistas que habíamos sido en Veracruz del general Díaz para presidente, resultó que a todos los jarochos les habíamos dado retratos del general Díaz vestido de paisano y que podría ser reconocido. Usaba el general lo que llamamos piocha, es decir el bigote unido con la barba. Discurri entonces para disfrazarlo a las miradas de los campesinos cortarle la barba, lo que propuesto por mi aceptó. Creyendo que se le vería menos tipo de militar procedí a la operación con unas tijeras. Casi me había arrepentido pues sin barba tenía más cara de soldado. Teníamos que pasar el día en San Carlos para salir al anochecer y llegar a Veracruz en la madrugada. Durante nuestra permanencia algunos fueron a verme y entre ellos uno llamado Antonio Huerta,*

\* Aquí refiere un incidente que les ocurrió con un zorrillo. A. M. C.

partidario de la causa, hombre listo y sagaz. Se habló de la revolución y dónde se encontraría el general Díaz, etc., etc.

“Por fin llegó la hora de partir y salimos de San Carlos. La luna alumbraba nuestro camino. Ya por Vergara vimos un grupo de hombres montados en mulas que corrían en dirección a nosotros. El general Díaz me preguntó quiénes eran. Le contesté que no sabía, lo cuál era cierto. Por si o por no se corrió la pistola que portaba al frente, yo no llevaba ni un alfiler y Mendoza solamente su moruna. \* El grupo pasó a nuestro (lado). Eran soldados de los llamados furrieles que llevaban a las mulas a pastar para economía del presupuesto de la guerra.

“Llegamos a Veracruz e hicimos alto cerca de la Puerta de México donde se fueron aglomerando los rancheros que traían sus frutos a vender, los lecheros, etc. Había al costado de las murallas —pues aún existían— unos jacales donde descansaban y dejaban algunos sus bestias. Entre ese híbrido conjunto de gentes estaba un amigo mío, corredor que llamaban de frutos, que iba para contratar el maíz, frijol, etc., que traían. Se nombraba Pedro Pastor, pero por lo parlachín lo apodaban Perico Cotorra. Me vio y desde luego me agobió a preguntas sobre mi compañero. Le dije que era un comerciante de Misantla amigo de la casa donde yo estaba empleado.

“Abrieron la puerta y la avalancha de esperantes entró y se diseminó por distintos rumbos. El general Díaz y yo tomamos el costado izquierdo de la calle de la Pastora —hoy Constitución— que nos llevaba recto a la casa de don Jorge de la Serna que vivía contra esquina de la calle de Calleja. Sonaban las cinco de la mañana, hora en que los serenos se retiraban para rendir novedades. Habíamos pasado la casa que habitaba don Domingo A. Mirón, cuando en línea recta y frente a nosotros alcanzamos a distinguir el sereno de aquella ronda. Por si o por no, el general Díaz se preparó para estar listo en cualquiera emergencia pues me dijo que a él no lo habían de coger vivo. Acortamos el paso y el sereno antes de llegar al zaguán de la casa de don Jorge tomó la diagonal rumbo a la calle Principal por la casa de Calleja. Nosotros desviamos algo más nuestros pasos de manera que el sereno alejado de dicha diagonal no nos viera y así fue como a un toque simple don Jorge, que estaba listo, abrió y entramos. Nadie puede decirse que nos vio.

“Dejé allí al general Díaz y me fui a mi casa a dormir que bastante lo necesitaba.

\* Cuchillo de monte. A. M. C.

*“Junto a don Jorge vivía don Fresse, hijo político de don Enrique D’Oleire, comerciante alemán y Fresse también. Este desempeñaba el cargo de cónsul. Don Jorge arregló que el general Díaz pasara a la casa de Fresse —por aquello de la seguridad personal del general—. Cuando al día siguiente fui a ver al general me asombré con el cambio referido. Me preguntó por su hermano el general Félix Díaz y le dije lo que se decía acerca de su muerte. Una lágrima corrió por su mejilla y me dijo: “Ha de ser cierto”. Después hablamos de la situación de la ciudad. El Estado de Veracruz había sido declarado en estado de sitio, y el general Foster era el comandante militar de la plaza. Vivía Foster adelante de nuestra casa en la misma manzana que hace esquina frente a la casa de los Calderón. Hablamos de la situación y yo le informé con toda lealtad y le di opinión.*

*“En la playa, además de uno de los cuerpos de la guarnición, el 4o. de infantería a las órdenes de un teniente coronel Nevraumont quien tenía compromisos con la revolución, estaba la guardia nacional que la mandaba el general Juan de la Luz Enriquez entonces comandante del resguardo marítimo. En la sala de mi casa se reunían Nevraumont y Enriquez entrando éste por la dulcería de “La Jota Aragonesa” y Nevraumont por la parte de atrás por una comunicación que teníamos con la calle de la Lagunilla. Quería el general dar un golpe como todos los suyos de audacia y de valor.*

*“Don J. Mariano Fernández, dependiente que fue del general don Luis Mier y Terán, fue quien puso en contacto a Enriquez y Nevraumont, pero las conferencias que se celebraban no eran lo activas y frecuentes que debían ser y yo como observador le manifesté al general Díaz que a ser más decisivos los elementos puestos en juego, yo sería el primero en opinar por el golpe, que habría sido magnífico pues mientras buscaban y perseguían a don Porfirio éste aparecía dueño de Veracruz; pero si faltaba uno de los elementos, entonces podría ser el gran fracaso. Por otra parte, yo juzgué que siendo un partido personalista, desapareciendo don Porfirio se acababa la revolución, y ésta temprano o tarde había de triunfar. No se intentó el paso que el general Díaz quería.*

*“El general don Pedro A. Galván que vivía en casa se había afeitado completamente y otra era la cara de mi amigo.*

*“Para el embarque en el vapor “Corsica” de la Mala Real Inglesa se tomaron pasajes para don Porfirio y para Galván. Al primero con el*

nombre de Antonio Mauri. Para el segundo no recuerdo el nombre. Para verse a bordo se habían convenido cinco toques. Para el embarque de Galván yo comisioné a un matriculado amigo mío llamado Zacarías Vera, oriundo de Guadalajara. Hombre completo y muy leal. Resultado: ya embarcados, Galván se dirigió al camarote de don Porfirio con la contraseña de los toques; pero éste, precavido, tenía en mano la pistola. Como Galván se había afeitado don Porfirio lo desconoció y en un tris estuvo un desaguisado mayúsculo. Por fortuna, Galván, hombre sereno, le dijo inmediatamente: "soy yo mi general" y por la voz lo reconoció don Porfirio.

"Salimos de aquí si mal no recuerdo (el) 1o. de febrero de 1871. Nadie se dio cuenta. Y yo me sentí satisfecho de mi proceder. Esta es la relación a grandes rasgos de la salida del país del general Díaz".

La trayectoria del viaje, según el señor Dehesa, fue entonces de Nueva York a San Francisco California y de allí a Manzanillo, para internarse por el Occidente hacia el Norte del país, hay que suponer, puesto que allí sabía estaba un fuerte número de sus partidarios: Donato Guerra en Chihuahua; y en el Noreste Gerónimo Treviño y Francisco Naranjo. Hay cartas fechadas por el jefe rebelde en el Estado de San Luis Potosí.

Mi inolvidable amigo e insigne hombre de letras, licenciado José López Portillo y Rojas, que escribió con explicable prejuicio por haber sido víctima de un grupo de amigos del general Díaz y enemigos políticos suyos, en su libro *Elevación y Caída de Porfirio Díaz*, afirmó que éste fue en solicitud de ayuda del temido guerrillero Lozada, y que mientras se encontraba con él murió el presidente Juárez. y con grandes regocijos celebraron el hecho.

Ya don Enrique C. Creel, no solamente gobernador del Estado de Chihuahua, embajador de México en Washington y secretario de Relaciones Exteriores, sino muy sereno y honorable escritor, había referido que en Chihuahua el general Díaz había depuesto las armas; pero ahora los lectores del archivo tendrán la oportunidad de conocer el texto de los documentos oficiales que en parte se conservan en dicho archivo y parte en el Archivo de Cancelados de la Secretaría de la Defensa Nacional.

Por cierto que los que guarda el del general Díaz revelan que su viaje al Occidente de México no tuvo por mira buscar la ayuda de Lozada, sino la de su amigo el entonces coronel Doroteo López, jefe de



*las armas insurrectas en Sinaloa a quien ya desde Chihuahua explica por qué es indispensable deponer las armas.*

*¿Cuál es la causa? No otra sino el apresurado reconocimiento por el general Treviño de Lerdo como presidente, pues sin los contingentes armados de aquél, las fuerzas con que cuentan no son bastantes para continuar la lucha.*

*Quiere esto decir que Treviño lo llevó a dos descabros: cuando lo abandonó en Oaxaca, obligándolo a rendirse a Bazaine como se ve en el volumen II de las Memorias y cuando lo abandonó en la rebelión que acaso no hubiera llegado a su fin por la sola muerte de Juárez.*

*El archivo guarda también la carta en que Treviño explica al general Díaz su conducta, y copia de la que dirigió al mismo coronel Doroteo López, que se ve era el alma de la rebelión en Occidente, ligado probablemente con el general Plácido Vega.*

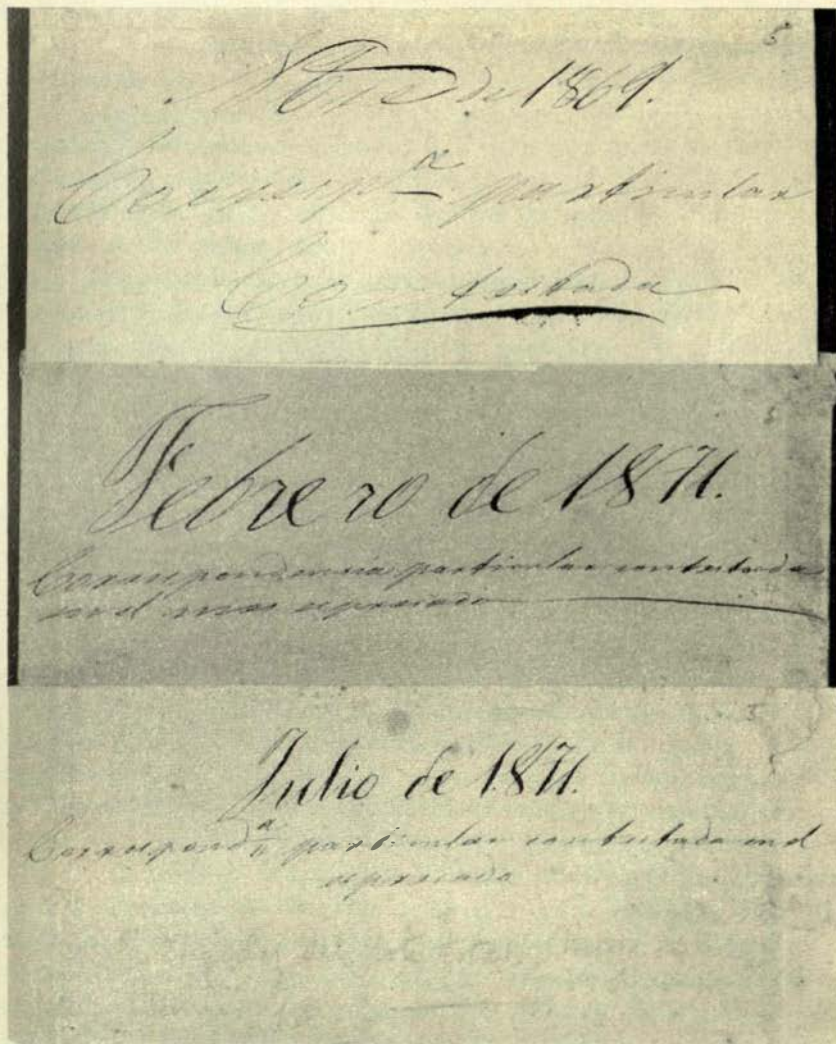
*El archivo guarda por igual datos nuevos acerca de la segunda rebelión, la conocida con el nombre de "Plan de Tuxtepec, reformado en Palc Blanco", y todo cuanto se relaciona con lo que pudiera llamarse la documentación oficial de Guerra, Gobernación y Hacienda.*

*Hay entre la documentación relativa a este periodo, una carta del general Toledo, el rebelado en la Ciudadela de México, el 10. de octubre de 1871, que muestra escrúpulos de unirse al nuevamente rebelde, quizá suponiendo que por haberse internado en Brownsville va a recibir alguna ayuda de los Estados Unidos. El general Díaz le pide que vaya y hable con él y verá que todas sus dudas son infundadas. Seguramente lo convence, porque en seguida aquél aparece unido a éste y juntos inician la campaña en Matamoros.*

*Como es perfectamente sabido, esta segunda rebelión resultó victoriosa. El general Díaz llega a la presidencia de la República; en tanto que hace un viaje a Jalisco, deja en el poder a su amigo el general Juan N. Méndez; y desde entonces comienza el archivo a mostrar al hombre de gobierno que da opiniones y emite juicios de carácter constructivo.*

*Pero los papeles de ese periodo muestran por igual cómo se empeña en sostener los principios liberales, sin excluir a los enemigos de ayer, de ocupar aquellos puestos públicos en que pueden ser útiles al país.*

*Durante este primer periodo presidencial surge uno de los incidentes que provocaron no solamente un acto de crueldad para evitar nuevos levantamientos y nuevas rebeliones; sino el ataque más rudo que en vida se hizo al general Díaz y se le sigue haciendo después de*



MUESTRA DE LAS FAJILLAS CON QUE EL GENERAL PORFIRIO DÍAZ CONSERVÓ SU PRIMERA CORRESPONDENCIA



muerto: haber dirigido un telegrama brutal por su redacción al gobernador de Veracruz, general Luis Mier y Terán, al saber que habían sido aprehendidos unos rebeldes: "Mátalos en caliente".

La leyenda, que se ha mantenido por años y años, acabará definitivamente entre quienes de buena fe la han aceptado, cuando se conozca el texto literal del mensaje cifrado, que oportunamente se publicará en fotograbado. Se conserva en el archivo, junto con todos los demás documentos del caso, desde el aviso en que el general Díaz anuncia al gobernador de Veracruz, que se conspira.

Cada quien conforme a su criterio condenará o absolverá al general Díaz, sobre todo si toma en cuenta la nueva teoría de Derecho Penal Internacional, que ha creado un tipo de criminales: los "criminales de guerra"; mas sea favorable o desfavorable el fallo, los documentos históricos auténticos destruirán el telegrama de la leyenda.

Quedan ahora problemas muy graves de gobierno: la reanudación de relaciones diplomáticas con los Estados Unidos y con Francia sobre lo cual hay datos muy valiosos; y es indudable que a medida que México va acrecentando su prestigio, su crédito; y a medida también que los hechos se van acercando más y más a nosotros, las informaciones que vayan revelando los documentos del archivo irán provocando más y más interés en los lectores.

Conviene advertir que entre lo que el general Díaz conservaba hay documentación muy interesante de don Sebastián Lerdo de Tejada y de los generales Miguel Negrete y José Guillermo Carbó, que poco a poco se irán incorporando en apéndices como ya se hizo con algunos papeles de Negrete; el propósito es que el estudioso de nuestra historia pueda, convirtiéndose en un verdadero investigador, conocer un periodo importantísimo de la vida de México, no a través de sólo libros apasionados en favor o en contra del hombre y de sus actos públicos, sino por la lectura de las cartas y documentos que escribió o que le dirigieron.

Por supuesto, que el archivo encierra notables testimonios de adulación, pero igualmente demostraciones que parecen ser producto de sincero afecto y de admiración sincera; cartas, discursos, poemas, hermosos unos, abominables otros; composiciones musicales; tarjetitas, tarjetones, que a veces deben haber hecho sonreír piadosamente al destinatario; y peticiones, peticiones, peticiones: de dinero, de empleo, de simple recomendación. algunas de las cuales pudo satisfacer; otras tuvieron que continuar archivadas, como seguirán indefinidamente hasta que se destru-

yan, aunque conviene saber que siempre cuidaba de responder aun las misivas más absurdas e impertinentes. Al pie de multitud de cartas se encuentra este solo acuerdo: "buenas palabras".

Por supuesto hay que pensar que en el espíritu del general Díaz han de haber caído como el bálsamo del "buen samaritano" de la parábola de Jesucristo a propósito del abandonado, casi moribundo, a lo largo de un camino, los millares de cartas y de telegramas que guarda el archivo y que le dirigieron personas que categóricamente le declararon ser la primera vez que con él se comunicaban, cuando en 1911 abandona el poder, renunciando su cargo de presidente constitucional para ir en un barco alemán, el Ipiranga, rumbo al destierro en que terminará su vida.

Hay una curiosa coincidencia: un cónsul alemán lo alberga en Veracruz, cuando en 1871 experimentaba los reveses que con motivo del plan de la Noria le infligen algunos de sus antiguos subordinados y compañeros de armas; en 1911 un barco alemán le da seguro transporte a Europa, cuando sufre el revés más duro de su vida militar, de su vida política, y que le causan no pocos de sus protegidos de ayer.

Cuando cronológicamente le llegue el turno, se publicará un juicio suyo, escrito de su mano, acerca de la revolución que puso fin y término a su actuación de gobernante; y entonces podrá verse cómo todavía poco tiempo antes de morir, y ya muy cercano a los 84 años, con clara percepción y con firme amor a México ve el fenómeno social que en su país se desarrolló y se desarrollaba cuando él escribió tal documento, que está muy lejos de destilar hiel para sus vencedores; pero que revela también que no es verdad que "lo derribaron del poder sus ochenta años" como suele decirse; sino un sentimiento de responsabilidad, un anhelo postrero de servir a su Patria.

Todo esto, apuntado sólo para dar una idea general de lo que contiene el archivo del general Porfirio Díaz, podrá conocer quien por simple curiosidad o por afán de estudio, se adentre en su lectura. Allí encontrará los defectos y las cualidades del hombre que desde los albores de su juventud llamó la atención de México, del Continente Americano y de Europa; ensalzado por unos, denigrado por otros, lo cual demuestra que sus actos siempre fueron extraordinarios.

Cuando la publicación se termine, los descendientes del general Díaz la Universidad Nacional de México y su Instituto de Historia, así como el desinteresado editor, señor licenciado Miguel Lanz Duret, ha-

## ARCHIVO DEL GENERAL PORFIRIO DÍAZ

*brán de sentirse satisfechos de haber realizado una obra de verdadera cultura, al prestar un valioso contingente para el estudio de un prominente mexicano, y con él de la historia del país.*

*Este compilador, por su parte, si logra ser él quien concluya la publicación, estimará que es la obra de más aliento que realizó en su vida; si ésta no le alcanza, se conforma con haber tenido una modesta participación al orientar y poner los cimientos de este importantísimo jalón histórico de México.*

México, enero 11 de 1949.

ALBERTO MARIA CARREÑO

[Faint, illegible text covering the majority of the page]